

Fragmento

La tejedora de sombras

Jorge Volpi



PREMIO IBEROAMERICANO DE NARRATIVA
PLANETA-CASAMÉRICA 2012

Jorge Volpi



La tejedora de sombras

*Premio Iberoamericano de Narrativa
Planeta-Casamérica 2012*



Christiana Morgan, 1926. Morgan Family Papers.

I

—

ALLEGRO CON BRIO

UNA MUJER INSPIRADORA

Saint John, Islas Vírgenes, 1967

De Florencia a Le Havre, 1925

Poco después del mediodía, cuando la playa queda desierta y no se escucha el ulular de las aves ni el clamor de las cigarras —una voz provocaría un escándalo—, el océano parece una plancha color turquesa, sólida e impenetrable. Los rayos de sol atraviesan las olas sin rasgarlas y los petreles se mecen apáticos, como sostenidos por un hilo, en la bruma del trópico.

El viento, capaz de azotar los manglares como briznas y doblar por la mitad un hato de palmeras —una mano violentando su cabello—, exuda un vapor denso que se adhiere a la piel con su tufo a algas fermentadas.

Al alzar la vista, un azul blancuzco e iridiscente hiere sus pupilas. En vez de permanecer a la intemperie, en la quietud de la playa, de *su* playa, Christiana se siente atrapada en un cuarto hermético, un horno de paredes calcáreas, sin salida.

La arena le quema los muslos y los talones, pero ella no quiere erguirse, no se atreve a intentarlo: su cuerpo ha adquirido un peso inmanejable o el aire se ha vuelto tan espeso que mover la mano se le antoja una proeza y prefiere quedarse allí, varada ballena moribunda, frente al apacible mar en llamas.

La mujer extiende los brazos y apoya las palmas en el suelo. Sus articulaciones se tensan y la llaga que ayer se hizo en la muñeca —una errática brazada la impulsó contra las rocas— le arranca un gemido y unas lágrimas.

La brisa empapa su rostro y devuelve a su paladar el sabor a calamares que almorzó más por inercia que apetito; el regusto acerbo desciende por su garganta, araña su esófago y casi le provoca una arcada. Ella gira el cuello a izquierda y derecha, tratando de desprenderse del aturdimiento y del asco.

Eres repugnante, escucha en medio de las olas.

Absurdo, se dice, no hay nadie aquí sino tú misma: el mar, el sol que es otro verdugo, la arena que se obstina en calcinarte, ¿quién más habitaría este abominable paraíso?

Su lengua enreda las palabras, retuerce las sílabas o las desgaja. En su tono no hay patetismo ni desengaño, apenas cierta nota de amargura.

El roce del agua con las puntas de sus pies —la marea apenas puede llamarse marea— le provoca un ataque de pánico, como si desconociese esa materia transparente, casi viva, que ahora la toquetea.

El océano se burla en cambio de su queja: aquí arriba es pura claridad, una delgada capa de luz mari-

na, el reino de las apariencias, la conformidad con el qué dirán y los modales —un oleaje melifluido y delicado—, aunque basta con sumergir el tronco y la cabeza para sufrir el primer escalofrío, los secretos que muerden semejantes a pirañas, las calumnias y los rumores abisales, un torbellino de celos y de engaños, el qué dirán de las orcas y la asechanza de las anguilas en una oscuridad que todo lo iguala y todo lo destruye.

Cuarenta y dos años atrás: el mismo mar, pero un clima más templado y un tono cercano al acero, casi al negro.

Es verano también, el ríspido verano del otro lado del Atlántico, sofocante aunque sin la profusión de aromas y colores del Nuevo Mundo.

Otro tiempo, otra vida.

La espuma serpentea entre los dedos de Christiana mientras un filo de luz rebana el horizonte. Si acaso es feliz no lo revela: su boca se mantiene cerrada, los labios resecos, el ceño pensativo.

Su vestido de lino blanco permanece en el malecón junto con la ropa de ese hombre que, a diferencia de ella, apenas disimula los nervios. Su cuerpo tenso y firme le recuerda a Christiana un bronce antiguo, uno de los modelos que Pène du Bois le hacía copiar en la Liga de Estudiantes de Arte —un simple cuerpo—, si bien la excitación ante sus nalgas y su sexo le resulta casi dolorosa.

Él toma su mano con más delicadeza de la que ella desearía; su mirada, en cambio, la aterroriza: no por-

que esconda una torcedura o una amenaza, sino porque lo revela ávidamente concentrado en el océano, como si ella apenas fuese un escorzo del paisaje, una oquedad o una caverna.

Los dos avanzan sin hablar, tiritando —él a causa del miedo, ella por la ventisca que de pronto la acuchilla—, imprimen sus efímeras huellas en la playa y se adentran en la penumbra marina. Cuando el agua les llega a la cintura, él se decide a encararla, le sonríe y la atrae hacia sí. Pero, en lugar de besarla en los labios, en esos labios que sólo anhelan el contacto de otros labios, lo hace en la frente y en los párpados —niña desvalida—, mientras el agua salpica la desnudez de sus espaldas.

Christiana no soporta su ternura: lo toma por la nuca y lo besa con violencia.

Él no tarda en apartarse —ella es el peligro, la amenaza— y desvía la mirada hacia el horizonte. Golpeada por las olas, Christiana intenta asir sus músculos, clavar las uñas en su piel, aferrarse a la solidez de su pecho, ese asidero que le impedirá hundirse como un fardo.

Ambos permanecen en silencio hasta que él dice, casi avergonzado, en un susurro: «Debemos regresar.»

Ella lo mira con rencor; al cabo acata sus palabras, la maldita razón que siempre lo gobierna.

—Regresemos, pues —concede con un beso.

Un beso que no sabe a inicio ni a despedida, un beso que condensa su rabia, un último beso antes de volver sobre sus pasos, antes de conjurar el espejismo de la noche, antes de recuperar su vestido de lino

blanco, antes de volver a la frivolidad del mundo, antes de regresar a la ciudad donde los esperan Will y Josephine unidos en su desventura.

El hombre suelta la mano de Christiana y se dirige hacia el malecón. Es apenas un instante, pero un instante definitivo, porque ella se queda sola —sola como ahora, sola como siempre— en la espesura del mar.

La ensoñación de Christiana se quiebra cuando el hedor de la comida regurgitada la sacude en un espasmo.

La aspereza del vómito revela que no sólo se vacían sus entrañas: esa sustancia contiene los últimos restos de su espíritu.

La mujer apoya la frente en la arenisca —un musulmán a la hora del rezo— mientras la saliva escurre hasta su cuello. Un pelícano se lanza contra ella, chillando como un demonio o un niño enloquecido, y Christiana sólo lo esquiva de milagro. La abúlica playa se torna zona de guerra: su sangre alimenta a una nube de zancudos, el calor le desgaja los pulmones y el océano la acorrala con sus tentáculos.

Christiana admira la anchura del mar con la misma avaricia que tanto le fastidiaba en Mansol: allí se convirtió en su prisionera y allí se encuentra, tal vez, su escapatoria. El Caribe gira a su alrededor en un remolino. Ella tropieza y emprende el camino a gatas, el pecho y el vientre cubiertos por la arena.

El sol ha iniciado su ronda hacia las profundidades, ¿por qué ella no habría de imitarlo? Un descen-

so lento como un ancla, las burbujas que la resguardan de los peces y su hambre, una luminosidad azul que se ennegrece, el abrazo feroz de las corrientes submarinas, una inconsciencia cada vez más sutil, más inasible.

Christiana no le teme a la asfixia ni a los predadores, tampoco a la soledad extrema de las aguas: le bastaría con dejarse llevar como quien se deja conducir por una historia, como quien escucha por primera vez la aventura de Ahab y de la bestia, como quien ama sin pensar en la agonía del amor, lo inevitable.

Cuarenta y dos años atrás, en un ruidoso café en las inmediaciones de la piazza della Signoria de Florencia —un sombrío cartel de *bitter* a su espalda—, una Christiana vestida de azul, collar de perlas en el cuello, enreda y desenreda uno de sus rizos y observa la ceniza que se balancea en el cigarrillo de su esposo.

Frente a ellos, una bandeja acumula los restos de la tarde: diminutas tazas entintadas con expreso, vasos semivacíos, una servilleta con pintalabios y un platito con las últimas migajas de un pastel de avellana.

Por la noche, Christiana anotará en su diario: La espera fue un suplicio, me esforzaba por mostrarme irritable, aburrida o ambas cosas, cuando en mi interior sólo cabía la brutal excitación del pánico.

Will permanece abismado en el periódico que ha hojeado toda la tarde, aunque apenas conoce dos o tres palabras de italiano. Christiana se vuelve otra vez hacia la ventana, frunce el ceño y finge un bostezo.

—¿Y si volvemos al hotel?

Obsesionado con descifrar la sección de finanzas, William tarda una eternidad en asentir y se demora en pedirle *il conto* a un camarero. Se encuentra demasiado cómodo en ese local tapizado con madera oscura, oloroso a tabaco y a café recién molido —demasiado a salvo— como para abandonarlo de buenas a primeras a cambio del fresco de la calle. ¿Y luego qué harían los dos en su habitación sino esperar con la misma zozobra a sus amigos?

Le duele la espalda y la inercia lo mantiene clavado a la madera de su silla. Christiana no tolera su inmovilidad.

—¿Y si paseamos un poco?

Will exhala con cuidado para que ella no confunda su molición con un reproche.

—Hemos paseado toda la mañana.

Christiana no protesta. Escudriña la ventana por enésima ocasión —un grupo de jóvenes guapísimos parlotea a voz en cuello—, toma el paquete de cigarrillos de la mesa, lo admira como si fuera una piedra preciosa, extrae uno y se lo lleva a los labios. Will no se da por aludido y ella rebusca en su bolso hasta extraer un mechero de oro, regalo de su padre.

Will le da una última calada al cigarrillo, abandona un par de billetes sobre la mesa y se levanta para recuperar su gabardina y su sombrero. Christiana lo sigue y, una vez en la calle, se aferra a su brazo, más para hacerlo sentir fuerte que por un repentino brote de cariño.

El viento primaveral despeja sus rostros tan blan-

cos, tan idénticos, y los cubre con un saludable matiz rosado. Atraviesan la plaza sin mirarse, sin mirar siquiera la torre o la galería, y mecánicamente se dirigen al *albergo*: Will no pierde oportunidad de deformar el italiano. La lentitud del paseo y los tonos rojizos de la tarde apaciguan a Christiana, quien se sume en otro de los cambios de humor que la ensombrecen desde los primeros días del viaje.

—¿Estás bien? —murmura Will, consciente de que su mujer se aburre y él nada puede hacer para evitarlo.

Christiana asiente con dulzura: la única forma de apaciguar su culpa, la culpa por algo que no ha ocurrido pero ocurrirá tarde o temprano.

—¿Vamos al jabalí?

Ella ama ese zafio bronce, adora su fealdad, la rara emoción de esa bestia que a sus ojos simboliza la naturaleza indómita, espejo de sí misma, en un lugar célebre por su refinamiento y su desidia.

—Por Dios, no otra vez, Christiana.

Will no tarda en comprender su error: no es día para maltratarla.

—¿Por qué no vas tú? —matiza—. La espalda me mata, yo prefiero regresar al *albergo*, así habrá alguien allí cuando al fin lleguen los Murray.

A Christiana le encantaría perderse a solas en el atardecer florentino, recorrer las callejas con el fantasma de Harry a sus espaldas, imaginarlo en cada esquina, especular sobre su ánimo y su desconcierto.

—¿Estás seguro, Will?

Y, sin darle tiempo a una réplica, deposita un beso en su frente.

—De acuerdo, entonces yo iré a saludar al jabalí, no tardo, lo prometo, te alcanzo en el hotel en media hora.

Will sonrío, su primera sonrisa auténtica en semanas. Admira los saltos de colegiala de su esposa, pero una vez que la silueta se pierde en la distancia su rostro se ensombrece.

Ahora será él quien reciba a los Murray, quien deba mostrarse cortés con ellos aunque los ame y los deteste, quien deba responder con buen talante a la pregunta que Harry le formulará antes siquiera de estrechar su mano: «¿Dónde está Christiana?»

Ella escribe en su diario.

Antes del matrimonio, antes de la guerra —antes, pues, de la catástrofe— creí que Will y yo podríamos pasar la eternidad a solas, que nuestras conversaciones jamás se agotarían; hablaríamos de cualquier cosa, lo más banal y lo más serio, reiríamos o al menos compartiríamos un gesto cómplice, e incluso nos imaginé felices sin decir nada. Luego vinieron la guerra y el matrimonio —la catástrofe—, y las infinitas cartas que intercambiamos, nuestras líneas de abnegación y de heroísmo, sus aventuras militares, mis bobas anécdotas sobre este o aquel herido se desbarrancaron en una sucesión de monólogos que no paliaba nuestro temor ante el silencio.

Al principio su distancia me pareció natural: en la clínica vi a docenas de soldados enjaulados en la culpa, el miedo y la presencia feroz de tantos muer-

tos. Quise pensar que Will atravesaría un proceso de curación lento y constante como el de sus compañeros, pero al cabo de un año comprendí que él ya nunca sería el mismo chico jovial, un punto naíf, que adoré en la casa de campo de mi padre.

Y acaso yo misma cambié, incapaz de comprender sus remordimientos.

Y hoy estamos aquí, en Florencia, él me ama y yo lo amo, y apenas nos toleramos si no es rodeados de amigos, de Harry y Jo, incluso de Mike y de Veronica: cualquiera que nos haga olvidar en lo que nos hemos transformado.

Al abrir la puerta del *albergo*, agitada y sudorosa —el jabalí la ha ayudado a desfogarse—, Christiana se topa con el rostro de Josephine: sus facciones aguileñas, pulcras, esmeradas. Sin pensarlo, se abalanza sobre ella.

—¡Qué alegría tenerlos ya en Florencia! —exclama, aunque de inmediato se frena para ocultar la verdadera razón de su alegría.

Josephine le da un beso en la mejilla y se aparta cuanto antes. Christiana la conoce bien, la ha observado durante estos fríos meses en Cambridge, y en su palidez reconoce una tormenta.

—¿Qué tal San Remo?

Una sucesión de frases alambicadas brota de los labios de Christiana: fuegos de artificio para disimular la frialdad de su amiga.

¿Se habrá peleado con Harry en el camino? ¿Se

habrán enfrentado? ¿Acaso él habrá insinuado que...? Imposible, se responde Christiana, de seguro sólo está cansada, no debo fantasear, no debo dejarme conducir por el instinto.

Distingue a Harry a unos pasos.

—¡Mírate nada más, Chris! —le dice éste a modo de saludo—. Estás radiante y colorada. Ya Will me contó de tu pasión por el jabalí florentino.

Harry se muestra comedido, aunque ella discierne en su mirada un resplandor que la colma de alegría y a la vez la solivianta. Odia que él ya lo tenga todo planeado, como si el control de su destino se hallase entre sus manos.

—Ha sido un viaje espléndido —dice Harry—, pero necesitamos un buen baño. ¿Nos encontramos a las seis para la cena?

La propuesta tranquiliza a Christiana: una pausa antes de un encuentro que prevé cuando menos tumultuoso. Jo y ella se toman de las manos, o más bien su amiga la apresa —sus uñas tornasoladas, brillantísimas—, y las dos intercambian sonrisas punzantes. Entretanto, Harry discute con el botones, empeñado en remarcar el cuidado que merece su equipaje. Por fin toma su abrigo, coge a Josephine del brazo y, tras un último guiño a Christiana, ambos suben de prisa hacia su habitación.

Cuando Harry y Jo han desaparecido, Christiana se da cuenta de que Will ha contemplado toda la escena sumido en un sofá.

Su esposo es apenas un observador de las corrientes que se traman entre Harry, Jo, Mike, Veronica y

ella misma. Un testigo al margen de sus desgarros, incapaz de detener lo que está a punto de ocurrir ante sus ojos.

Will se yergue: un ligero tic en el párpado derecho revela su malhumor.

—Subamos.

Los dos se detienen frente a la habitación número ocho, él introduce la llave en la cerradura: una enorme llave con una trenza carmesí que a Christiana le parece una señal de mal agüero.

En cuanto se introducen en la pequeña estancia empapelada con violetas y madreselvas, Will planta sus labios macizos en la boca de su esposa. Ella no tiene más remedio que corresponderle.

Él le desabotona el vestido, casi se lo arranca. Besa sus pechos, sus hombros, sus clavículas, pasa la áspera lengua alrededor de sus pezones.

Christiana se abandona. Su marido la arroja encima de la cama, una manta de encaje recibe su cuerpo desguanzado.

—Te amo, mujer.

Christiana no lo escucha, abre las piernas e intenta no pensar en nada. No recordar las facciones de Harry, la colonia de Harry, la voz de Harry.

Will se baja los pantalones con torpeza, se restriega contra los muslos y el pubis de su esposa, pero su sexo se mantiene flácido, traicionado por la urgencia. Christiana toma el pene infantil entre sus dedos —¡pobrecito mío!— y lo acaricia hacia arriba y hacia abajo.

Él se levanta, furioso, y se encierra en el baño.

A ella le gustaría confortarlo, pronunciar una frase que lo reanime, pero imagina que eso sería aún más humillante y opta por quedarse allí, medio desnuda, con los ojos fijos en el techo, sacudida por los gimoteos que llegan desde el otro lado de la puerta.

Y entonces ella también quiere llorar, y también llora.

De niña, para Christiana no existía la oscuridad ni existían las tinieblas: el negro se transformaba en un haz de tonos luminosos, púrpura, azul o violeta, más tarde rojo, naranja y amarillo —verde nunca—, y de pronto una profusión de figuras se alzaba frente a ella. Rombos, cuadrados, triángulos, circunferencias, luego tersas curvas femeninas, lobos, panteras, tigres de Bengala, a veces enormes aves de rapiña, tiburones, lagartos, jabalíes. Criaturas que la rodeaban y la amenazaban, bestias que no le daban tregua mientras ella permanecía en la prisión que su madre y su nana le reservaban cada tarde.

Aquella vez su madre no estaba en casa, había ido de compras con sus vecinas, y como de costumbre su padre permanecía en la universidad hasta muy tarde. Christiana tendría entonces cuatro o cinco años e, igual que sus hermanas, se había quedado bajo el cuidado de la nueva aya alemana, una mujer alta, un punto obesa, con la piel marcada por una telaraña de venas azulosas y unas piernas que parecían palafitos.

La mujer no paraba de gritarles, sus hermanas se